

Maquiavelo y la modernidad

Juan Mora Rubio

Nicolás de Maquiavelo vivió con modestia. No tuvo grandes actuaciones en política, no ocupó puestos de significación en su patria, careció de dinero y vivió, más bien, al amparo de la ilusión de serle útil a Florencia, su patria natal. Escribió diversas obras de literatura, historia y política, pero ellas fueron más testimonio de sus intensas lecturas y largas horas de meditación que fuente para incrementar sus ingresos o para reafirmar su prestigio intelectual. Su existencia se deslizó en la mediocridad que sin embargo, le permitió conocer a diversos personajes de la agitada política europea, pero sin lograr llegar a impresionarlos suficientemente. Savonarola, el Papa Alejandro VI, su hijo César Borgia, Julián de Médicis, hermano del Papa León X, y su hijo Lorenzo, pasaron por su vida sin reparar en sus talentos y más bien la aguda observación de Maquiavelo sobre sus personalidades y comportamiento social, ayudaron a que aquellos no fueran olvidados del todo. Los dos últimos, Médicis de la segunda época, apenas serían recordados en su pobre actuación política si no hubieran recibido la dedicatoria de *El Príncipe* con que los honró, por razones diversas, el escritor florentino. A pesar de esta medianía, poco después de su muerte, acaecida en 1527, a los 58 años, su nombre comenzó a ser conocido en Europa y el interés de los eruditos y del público lector levantó un gran revuelo: a Maquiavelo había que satanizarlo, o por el contrario, cubrirlo de elogios sin límites. El escritor es condenado por el Concilio de Trento y llamado "malvado" por el papa Paulo IV, perseguido con saña por los jesuitas, pero por contrapartida, Richelieu encarga su *apología*, Rousseau en *El contrato social* hace el elogio del florentino y todos los príncipes y gobernantes consultan cuidadosamente sus trabajos antes de tomar decisiones delicadas. En Mos-

cú hay una edición de *El Príncipe*, comentada de puño y letra por Napoleón, resto histórico de las prendas abandonadas en la gran huida a raíz de la derrota de la campaña de Rusia.

Después de la muerte de Lorenzo "el Magnífico", en 1492, y de la huida de Pedro en 1494, se establece la República dando fin al primer brillante periodo de los Médicis, que Cosme inició en 1434 aprovechando las riquezas, poderío bancario y refinamiento de conocimientos de la familia Médicis que dieron lustre a la cultura en Florencia.

En este momento Savonarola estableció su imperio de violencia puritana, pero juzgado, sentenciado, ahorcado y quemado, la República se desenvuelve con normalidad. A pocos días del martirio del fanático monje, Maquiavelo es nombrado en 1498 secretario de la segunda Cancillería de la República florentina e igualmente secretario de los Diez de Libertad y de Paz, puesto que desempeñó hasta la caída de la República en 1512. Doce años trabajó en estos cargos que aunque de segundo orden, le permitieron conocer de cerca a las personas influyentes y la política general de Europa. La República naufragó por la fuerza de la Liga Pontificia a raíz de las pugnas entre el rey de Francia Luis XII y el papa Julio II, asunto del que se ocupa nuestro autor en *El Príncipe*. Maquiavelo es desterrado de Florencia y alejado de su cargo burocrático estableciéndose con su familia en una pequeña propiedad suya cerca de San Casciano, en los alrededores de Florencia. En el sosiego de una vida pueblerina y a la sombra de las grandes obras de los clásicos del pasado, Maquiavelo emprende sus meditaciones y la escritura de gran parte de sus obras que se convertirán en una de las reflexiones más profundas sobre política y psicología. Su trabajo consiste principalmente en una observación particu-

lar de acontecimientos históricos y de personalidades singulares de la política. Su obra no es, sin embargo, una simple exploración circunstancial, sino, tal vez, sin que se lo hubiese propuesto, el más profundo tratado sobre la ciencia política y la estructura general de la condición humana. Maquiavelo, por lo demás, en *El príncipe* y en *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio* se nos refleja no sólo como arquetipo humano del Renacimiento, sino como el escritor en cuyas obras podemos indagar las principales características de lo que se ha denominado la modernidad. Sus gustos personales, su amor a la vida placentera, el sentido laico con que concebía la libertad, la pasión por las letras y las artes lo convierten en un tipo común de su siglo, pero en sus escritos se proyecta más allá de su circunstancia para convertirse en un clásico que resonará en las obras de los tiempos cambiantes de Hobbes, Rousseau, Nietzsche, Freud y todo el ejército de politólogos contemporáneos.

Aunque son muchas las características de la obra del gran florentino que lo presentan como avanzado de la modernidad, tal vez la separación de lo político de la moral o de cualquier otra consideración, sea la clave de su singular hazaña. Esta es la fuente de donde surge la moderna ciencia política autónoma, sin dependencias visibles con otras disciplinas. A partir de sus trabajos la política se torna una ciencia laica que tiene sus fundamentos en sí misma y que debe obedecer a sus propias instancias para no extraviarse en los meandros de la economía, la sociología o la reflexión filosófica. Es curioso que en los albores de la ciencia política y en su madurez del siglo XX, hayan sido dos pensadores italianos quienes comprendieron la indispensable necesidad de la autonomía política y de la creación de nuevas formas de dominación que permitieran la gestación

de un estado moderno. Gramsci coincide plenamente con Maquiavelo cuando piensa la política desde el propio territorio de lo político. No era suficiente combatir la aberración del economicismo sino que se hacía indispensable colocar el núcleo de lo político en el reino de su especificidad.

Los estados nacionales se abrían paso con fuerza por la disolución de las relaciones de producción feudales y el surgimiento de una economía regional que se desarrolló plenamente durante el periodo mercantilista, como sucedió en España, Francia e Inglaterra, pero fue Nicolás de Maquiavelo, teórico del estado moderno, quien primeramente planteó la necesidad de la unidad nacional aunque a trueque de la libertad y de la democracia. Nuestro autor era un demócrata ferviente como lo demuestran sus ideas expuestas en *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio*, pero era suficientemente lúcido para comprender que dentro de la crisis moral por la que atravesaba Italia sólo un príncipe astuto y fuerte, capaz de conservar el poder, podría lograr el sueño de una Italia unificada. *El Príncipe* o *De los principales*, como originalmente se llamó esta obra, es un estudio pormenorizado de cuál es la esencia de los principados, cuántas clases hay, cómo se adquieren, cómo se mantienen y por qué se pierden. Pero el fundamento último y la intencionalidad del autor es establecer las formas y procedimientos adecuados para conseguir un estado unitario y fuerte. De ahí que haga la apología del gobernante omnipotente, del poder indiviso de uno solo, del triunfo del más fuerte, como habría de repetirlo Darwin.

El estado que ansía el florentino, tiene muchas semejanzas con los que existen actualmente, cuando se busca su engrandecimiento por oposición con otros estados y se consolidan sus fines por el amor a la patria y la exaltación de los valores nacionales.

Amor a Italia y deseos de su unidad son las recomendaciones de los capítulos finales de *El Príncipe*. "Más que ningún otro pensador fue Maquiavelo el creador del significado que se ha atribuido al estado en el pensamiento político moderno. Aún la propia



Gerardo Aguilar

palabra 'estado' empleada para designar el cuerpo político soberano, parece haberse difundido en los idiomas modernos en gran parte debido a sus escritos".¹

Existen otros planteamientos de Maquiavelo que coinciden con ideas claras a la modernidad como su indiferencia por la verdad o falsedad de la religión. Su convencimiento de la dificultad de conseguir la unidad nacional con la presencia del papa en Roma lo llevan a una crítica externa de la iglesia católica, pero sus planteamientos conllevan la idea de la separación de la iglesia y el estado. Desde hace tiempo éste ha sido un problema de los estados modernos, pero su intensidad fue mayor durante las contiendas políticas del siglo pasado, especialmente en nuestro continente.

Igualmente en sus obras hay una constante defensa de la clase burguesa a la cual pertenecía el autor y una especial animadversión contra la nobleza. Maquiavelo vio claramente en las contiendas de su tiempo un enfrentamiento entre las clases y la necesidad de que el soberano pusiese en cintura a los aristócratas conspiradores. Era la percepción anticipada del despotismo ilustrado del siglo XVIII, y la dominación continuada de la burguesía a lo largo de los últimos cinco siglos. Se dio cuenta antes que ningún otro pensador de su tiempo que los intereses de la nobleza son contrarios a los de la monarquía y de las clases medias y que un gobierno decidido a mantenerse sólido tendría que buscar su extirpación. Junto con el desprecio a la nobleza sobresale su odio a los ejércitos mercenarios que a la postre traicionan los intereses del soberano y se entregan al mejor postor. Es indispensable para el buen éxito

del gobierno organizar ejércitos nacionales como ya había ocurrido en Francia.

Aunque la obra de Nicolás de Maquiavelo es esencialmente política e histórica, si dejamos de lado sus escritos literarios que son de menor valor, su pensamiento ha tenido una influencia preponderante en la psicología, la filosofía y sobre todo en la visión del hombre. No fue, el florentino, un pensador metódico, ni un analista de principios generales, pero sus observaciones sobre los hombres y su conducta son tan acertadas y profundas que constituyen una teoría sobre la condición humana. Observador frío, analista cuidadoso, dueño del sentido de componer y comparar situaciones, Maquiavelo conoció profundamente al hombre, pero su juicio no le fue favorable. Su desolada visión sobre la especie humana es responsable de hondos desengaños en las generaciones posteriores. El egoísmo radical que Hobbes atribuye al hombre arranca de la mirada de Maquiavelo que sabe con Glaucón, en los diálogos platónicos, que la actuación del hombre responde a la necesidad de proteger sus propios intereses. En *El Príncipe* se asomó a los abismos insondables del alma, no para hacer la apología del mal, sino para comprender con lucidez las motivaciones de la actuación.

Considerar egocéntrica a nuestra especie es una idea no ajena a las corrientes filosóficas egoístas y utilitaristas que han anidado principalmente en Inglaterra y los Estados Unidos.

El egoísmo en una de sus mejores versiones se manifiesta como un amor desmedido por el poder. De esta suerte los hombres desenvuelven sus proyectos y perspectivas vitales dirigidas a incrementar su necesidad de poder. Poder propio, poder sobre los otros hombres y sobre las cosas para satisfacer una profunda necesidad interior. Hobbes, Nietzsche

¹ George Sabine, *Historia de la teoría política*, FCE, México, p. 263.

y muchos más han vuelto, una y otra vez, sobre esta fina observación del escritor florentino. Por lo demás, no deja de ser cierto que la política de los tiempos modernos ha estado caracterizada por la constante que busca el incremento del poder y que dentro de las relaciones de producción capitalistas tienen una gran significación, especialmente en la variante que representó el Nacional Socialismo de Hitler; o en las actuaciones sin norma ni medida del gobierno imperialista de Ronald Reagan que acaba de terminar. El amor al poder ha sido estigma en la vida de los pueblos y constante en los países latinoamericanos, donde se manifiesta no sólo en la conducta arbitraria de las clases dirigentes sino en la fuerza militar que salvaguarda sus intereses.

Pero no solamente la influencia de Maquiavelo está presente en la obra de Federico Nietzsche en cuanto este último contempla al hombre en constante ascenso hacia su propio poder, que corresponde a su instinto primario, sino a otras variantes de su obra y pensamiento igualmente lúcidas.

Maquiavelo sugirió que el cristianismo debilita y es extraño a la "virtud". No sólo lo afirmaba por la dificultad que la presencia del papado ofrecía para la unidad de Italia, sino porque considera a esta doctrina como una fuerza relajante de las cualidades ciudadanas.² El autor del *El anticristo* ve en la religión católica la fuente del empobrecimiento humano donde los valores de la civilización se construyen sobre los conceptos de falsa humildad, resignación y humillación, haciendo eclipsar las grandes épocas de la cultura donde el orgullo y el espíritu de triunfo permitieron encontrar los mejores momentos para la afirmación de los valores humanos y la etici-

dad. Por esto "Dios ha muerto", pero si no fuese así habría que matarlo.

El pensamiento de Maquiavelo influye poderosamente no sólo en la obra de Federico Nietzsche sino de manera decisiva en los trabajos de Sigmund Freud, y en la concepción dualista que tiene la modernidad sobre la conducta humana. En el capítulo XVIII en donde habla de "Aquiles y el centauro Quirón", nuestro autor nos recuerda que somos hombres y bestias alternativamente. "Lo cual significa que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, y que una no puede durar mucho tiempo sin la otra. Por esto hay que ser zorros para conocer las trampas y león para espantar a los lobos".³ Esta visión dualista y verdadera del hombre ha sido uno de los grandes encuentros de la modernidad. Se expresa inicialmente en la literatura cuando abandona la construcción de personajes planos, tan propios del pasado y elabora su verdad a partir de la ambigüedad de un personaje esférico. Es la oposición entre lo Apolíneo y lo Dionisiaco de Nietzsche y la expresión de la sexualidad de Freud que entretiene la vida y culmina en las represiones depositadas en el inconsciente, que el psicoanálisis recupera en la razón consciente. Es la visión moderna del hombre porque no parte de un arquetipo ideal (racionalidad, bondad, sociabilidad) sino que se atiene a la conducta equívoca, plural y contradictoria del ser humano. Para Maquiavelo no existe bondad absoluta sino relativa. El príncipe debe aprender a ser bueno o no serlo, según lo exijan las circunstancias. Por lo demás no se puede ser bueno del todo porque la misma condición humana lo impide.

² Jean Jacques Chevallier, *Los grandes textos políticos*, Aguilar, México, p. 20.

³ Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, México, Ed. Porrúa, p. 30.

Finalmente, Maquiavelo, consagra su meditación a hacer la separación de los conceptos de fortuna y *virtú*. Aunque históricamente está muy cercano a la concepción que resalta la existencia de la fatalidad, del destino humano, "la diosa fortuna", como la llamó Juan de Mena, Maquiavelo la limita. La vieja tradición medieval no cedía en los albores del Renacimiento pero en *El príncipe* se le ponen diques para alterar su curso. "Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de

nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad o poco menos". Y la compara con esos ríos que se embravecen e inundan las llanuras, derriban árboles y casas, pero para los cuales los hombres toman precauciones con diques y reparos, de manera que si el río crece otra vez no sea tan perjudicial.⁴

Aunque su existencia haya transcurrido modesta y desapercibida, grande fue el hombre Maquiavelo y grande en extremo su obra. A casi cinco siglos sus escritos nos conturban y suscitan constantemente nuevas reflexiones. 🙌

⁴ *Ibid*, p. 44.